

## Necrología de don Luis Suñé y Molist

Secretario perpetuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona

por el Dr. D. JUAN VIURA Y CARRERAS, Académico numerario (1)

EXCMO. E ILMO. SEÑOR:

SEÑORES ACADÉMICOS:

SEÑORES:

Asomé el mes de diciembre de 1914, envuelto en melancólicas neblinas. La tristeza flotaba en el ambiente de la ciudad condal, la congoja invadía nuestros hogares y el luto encontró albergue en el seno de numerosas familias. Se registraban, a la sazón, sensibles óbitos debidos a la epidemia de fiebre tifoidea, que se había enseñoreado muy singularmente de los más modernos distritos de nuestra bella urbe, si bien en aquellos momentos tendía a menguar el mal, para mantenerse luego, es sensible confesarlo, como endemia que se tolera y soporta, cual si no fuese evitable. Mientras en tan aciago período la Parca despiadada cortaba el hilo de juveniles existencias, tronchando en flor las vidas más lozanas, súbitamente, nos sorprende infausta nueva, que se divulga con pasmosa rapidez entre la clase médica, causando penosa emoción: Luis Suñé y Molist, el estimado amigo, el excelente médico, el erudito escritor, el ilustre Académico, se halla en trance de muerte, víctima de infección eberthiana...

Ni los más pródigos cuidados y cariñosos desvelos de su atribulada familia, ni la sabiduría de los reputados profesores que, solícitos e incansables rodearon el lecho de nuestro malogrado compañero en sus postreros días, consiguen impedir que la guadaña implacable segara en breve plazo una vida en la plenitud de sus funciones.

En la denodada lucha, en la ruda batalla librada entre la Medicina y la muerte, sucumbe al fin nuestro inolvidable consocio, exhalando el último suspiro el 5 del mentado mes, dejando anonadados en legítimo desconsuelo a sus afligidos deudos y dolorosamente impresionados a cuantos le conocieron y lamentan la pérdida del afectuoso amigo.

¡Descanse en paz, en las eternas regiones donde mora su alma!

Al morir Suñé y Molist desaparece una excelsa figura médica de Cataluña, que desciende al sepulcro después de rendir ampliamente frutos completos, abundosos y bien sazonados, multiplicando y difundiendo, por modo admirable, los diversos actos y demostraciones de su pericia y saber, que con justicia le hacen acreedor al título de hijo esclarecido de nuestra Escuela de Medicina, egregio y valioso miembro numerario de esta Real Academia.

Sus preclaros méritos, sus vastísimos conocimientos, su extensa cultura y un *algo*, cierta *bonhomie* peculiar, sello característico y distintivo de su simpática personalidad, acrecentaron su fama, creándole brillante aureola que le cercó en vida y sigue resplandeciendo aún sobre su tumba.

Con admirable constancia, digna de loa, diligente y perseverando con virtud benedictina en su cotidiana labor, al desempeñar el cargo de Secretario perpetuo de esta Real Academia, mi ilustre amigo dejará perdurablemente grabadas en la historia de esta Institución páginas brillantes de su fecundo actuar durante cinco lustros. Así, al hacer ostensible hoy, con negros adornos, la honda pena que anida en lo más íntimo de nuestros corazones, es justo rememoremos su pasado, para que su acendrado amor al trabajo y su intenso ardor científico sirvan de perenne ejemplo y poderoso acicate en nuestro modo de ser y en las manifestaciones todas, así de nuestra vida profesional, como de nuestra vida corporativa.

En mi mente quedará en todo tiempo impresa la sacudida moral que experimenté, al quedar cortada bruscamente y por modo inesperado mi antigua y nunca interrumpida amistad con Suñé y Molist. Es notorio, brotó ésta cuando bulliciosos y alegres nos sentábamos en los bancos del Instituto de segunda enseñanza de esta capital; anudóse durante los seis años de internado en esta Facultad de Medicina, verdadera aurora de nuestra vida científica; y se reanuda más y más, cuando ansiosos por nuestro prestigio, esgrimíamos, con ímpetu, nuestras primeras armas, ejerciendo el cargo de médicos numerarios en la Casa de socorro del Distrito segundo, por ambos renunciado a los seis años del respectivo ingreso. Ulteriormente, pensando más hondo, actuando en firme y definidas nuestras especiales aptitudes, sellamos nuestro afecto cordial, colaborando juntos en las tareas de esta Corporación, desde 1893.

(1) Leída en la sesión pública, extraordinaria, celebrada el 22 de Octubre de 1916.

Huelga, pues, exprese los sentimientos y recuerdos que se agolpan en mi ánimo, en este instante, y todos cuantos días, asistiendo a las sesiones de esta Academia, dirijo la mirada al sillón que tanto enalteció nuestro fenecido Secretario. No hallo frases bastante expresivas y elocuentes para hacer partícipes de mi justo duelo a cuantos esta noche os congregáis devotos en este acto, solemnizado por vuestro concurso, para afirmar nuestro tributo de admiración y recuerdo a Suñé y Molist. Quisiera patentizaros las simpatías y sincero afecto que mutuamente nos profesábamos, pues el tiempo no amminoró aún el dolor sufrido por la separación.

Mejor deseara, señores, en oportunidad tan señalada, poder ofrecer os no tan sólo rasgos y manifestaciones de su vida profesional que más hayan logrado admiraros, acciones meritorias aisladas, aunque respaldadas, o actos de generosidad o desprendimiento, nunca bastante agradecidos; yo anhelo presentaros como ofrenda, la unidad armónica y plena de toda su vida. Acertadamente se cree, que el sencillo hecho de la muerte produce extraña modificación en el juicio que tenemos formado de todo hombre eminente. Por encima de la vida científica, según un erudito escritor, «se cierne lo humano de todo vivir, la personalidad y autoridad del médico o del literato, que ya se nos presenta como invariable, como incisa en mármol. La muerte es gran artista y con su dedo marfileño modela y pinta para los venideros.»

No se me oculta que he de vencer dificultades para bocetar siquiera una figura digna de la admiración y respeto que se atrae una memoria o recuerdo insigne. Así, quizá tan sólo dando rienda suelta a cuanto siente mi alma, pude alentarme para aceptar el cometido que me confiasteis, resultando yo grandemente honrado, y por ello debo expresar os mi más profundo agradecimiento, pues, aun ejerciendo tan triste misión, esto no obstante, me depara la grata conyuntura de narrar o exponer, sometidas a vuestro clarividente juicio, las obras y facultades más salientes de mi estimado compañero. Me impuse ser veraz, evitando llegar a la suma de innerecidos elogios, cayendo en el falseo o exageración de los hechos. Mi pluma podrá ser calificada de indocta, pero no se desvía empujada por la lisonja o la adulación, ajenas a mi abierto carácter y a mi deseo de imparcialidad.

Será bien intente la presentación del llorado Académico, antes de relatar su vida, consagrada al trabajo y a la ciencia, antes de juzgar y ensalzar sus obras, su cultura, sus producciones científicas, sus acciones médico-sociales. Para quienes no le conocieron, interesa su silueta físico-moral, en un momento dado de su actuar constante.

En verdad, no se remontó con vuelos de águila, ni le impulsaron la acometividad y la audacia del león; era mejor artificiosa abeja que silenciosamente y con su constante labor nos brinda sin interrupción, sus inimitables productos, artísticos en la forma, exquisitos por su labor. Los hombres que, como él, aplican casi en secreto y por modo fecundo todas sus aptitudes a los cometidos que tienen asignados en el conjunto de la gran obra social, resultan para la nación preeminentes y honorables ciudadanos, ilustres y perfectos varones. No olvidemos, señores, que los pueblos y las naciones, en cada época y generación, se desenvuelven y progresan ante todo, merced al superior ingenio y elevada calidad mental de inúmeros productores fértiles, que sobresalen muy notablemente en las diferentes clases sociales por modo digno de encomio e indeleble recuerdo. Queda permitido a muy pocos trepar hasta las altas cumbres donde se glorifican los más grandes genios, o alcanzar se les admire, con motivo y justificadamente, eternizados sobre artísticos monumentos, en las vías públicas, ostentando a la posteridad su fama mundial.

Sinteticemos, ahora, su personal semblanza.

Nuestro primer secretario perpetuo era enjuto de carnes, de baja estatura, sentando su bien conformada cabeza sobre columna vertebral algo encogida. De rostro ovalado, muy pronunciada nariz y despejada frente: sus bigotes y luchana de tonos grises dábanle cierto parecido a un renombrado hombre público; fallecido ya, muy popular en España.

Tras los cristales de sus gafas, que desde joven usara, descubriais su vista algo fija, su melancólico mirar; la fisonomía revelaba tendencias a la observación perpica, con aparente indiferencia y vaguedad. Meditabundo, a veces, se transparentaba, casi siempre, en su semblante, el carácter reflexivo y la benevolencia. De aspecto sencillo, casi pusilánime, aparecía como hombre siempre dispuesto a condescender, a evitar la lucha y el apasionamiento.

Si le interrogabais con insistencia, ansiosos de su autorizado parecer, no era raro verle como distraído; era que fraguaba en su mente la redacción de importante documento de secretaría o de trascendente artículo para la prensa profesional. Cuantos nos honramos con su trato, recordareis que, a lo mejor, al conversar con él, no era raro verle desaparecer, de improviso, como alma que lleva el diablo, sin daros cuenta del inciso inesperado. Frío, impassible, no se emocionaba, así al revelar os grata noticia, como al comunicar os sensacional acontecimiento.

Pulcro en el vestir, y envuelto a menudo en obscuro levitín, solía llevar cuadernos y papeles en las manos; así andaba como preocupado y presuroso; pudiendo decirse, con gráfica frase de nuestro

inimitable Comenge, que aquel señor, siempre atareado, mas parecía anticuario extranjero que eximio Académico español.

No conoció la soberbia, ni la envidia, que corren parejas con la insignificancia; no fomentó rebel-días jamás, ni sintió pesar del bien o de la gloria ajenos.

Ni la vanidad, ni el egoísmo, eran patrimonio de mi buen amigo, defectos censurables que vemos aparecer bajo el ropaje de la más correcta seriedad, en cuanto se hunda ligeramente el escapelo sobre la tenue corteza humana. Solía repetir, no estuvo en sus andanzas esa imperfección humana, la vanidad, y confesaba en uno de sus escritos que cada año iba entrando más en la certidumbre de que La Bruyere, al describir a Fédon, pintó su imagen de cuerpo entero.

Nunca sintió esa inmodesta avidez de vanas prebendas o distinciones, ni anduvo jamás, con afán, impetrandó por favor codiciados honores. No padeció ese trastorno de la sensibilidad, que denominaré, con un conocido autor, sed histérica del éxito, del elogio y de la popularidad efímeros.

Dotado de memoria prodigiosa, era sobrio de palabras, premioso en la frase. Emitía la voz en tono semi-apagado, como temiendo dejar oír su opinión, que muy bien se merecía mayor vehemencia.

Nunca propendió a la polémica, ni estuvo dispuesto a figurar en grupos o banderías prestos a la lucha. Transigente por temperamento, era factor aglutinante, propicio a servir de nexo entre los diversos elementos de las corporaciones a que perteneció.

En suma, y según opinión unánime, vimos a Suñé indulgente, pecando de iluso, modesto, con bondad que nunca declinaba, ocurrente, leal en sus amistades; de cortesanía ingénita, sin afectación y querido de todos. Acaso haya tenido émulos; dudo tuviera enemigos.

Bosquejados sus principales rasgos psíquico-físicos, estudiémosle, desde su niñez, en sus espontaneidades, en la integridad de su vida, al peregrinar, por este mundo, con significación propia. Veámosle en su espíritu, en sus aspiraciones. No descompongamos el conjunto, ante la rigurosa necesidad de conocer los diferentes fragmentos, ya que la existencia humana, como acto que es de un solo individuo, a manera de círculo evolutivo envolviendo todos los actos del hombre y sus episodios, constituye un hecho naturalmente único e indivisible. La realidad, la condición esencial de todo individuo, queda bien expresada en este breve lema: *Multiplex quia vivus, vivus quia unus*.

Nació en uno de los más antiguos barrios de Barcelona, de padres catalanes, modestos industriales, prototipo de aquella clase artesana honrada, que formaba el plasma de nuestra población a mediados del siglo pasado (1). Supo inculcarle el padre la probidad y otras preciadas cualidades que adornaron a Suñé, y junto con su amorosa consorte, prodigáronle, en los albores de la vida, sanos y virtuosos consejos, que, quizá recordados más adelante, en determinados momentos en que la duda torturase su inteligencia, aparecieron como estrella refulgente, que, según expresión benaventina, puede alumbrar el tortuoso sendero en las noches oscuras del alma.

De humilde linaje, así en la infancia como en la adolescencia, ofreció primicias de sus futuros destellos. Contrarrestando impotencias, luchó para aprender y venció abroquelado con su estudio, armado con su propio esfuerzo. Con optimismo creciente, despreciando las injusticias de la vida, consiguió su reputación, muriendo después de muchos años de ocupar, entre los médicos, alto sitio, habiendo adquirido patente en las filas de la aristocracia que más encumbra, la aristocracia del saber.

Cursando los estudios de Medicina en nuestra Facultad, hízose notar ya, desde los primeros años, así de los profesores como de sus discípulos, por su espíritu observador, tenaz, entregado a los libros, maravilla de aplicación. Sintió las pasiones de la juventud sin desviarse, no arrastrándole tampoco fuera de su cauce, como a tantos otros, el torbellino revolucionario dominante (1868 a 74).

Contribuye, en dicha época, a la reorganización del cuerpo de alumnos internos y de sus sesiones científicas, tomando parte activa en los debates. En tan remota fecha se inicia como escritor en la prensa profesional, colaborando en las columnas de «La Independencia Médica», junto con otros internos, Cardenal, Barraquer, Bonet, Esquerdo (D. P. y A.), Pi y Suñer (D. J.) y el que tiene la honra de dirigiros la palabra, alcanzando todos, luego, fama de insignes profesores, olvidando el desnivel entre los indiscutibles merecimientos de estas personas y los míos. En las páginas de aquel periódico nos brindaron hospitalidad, impulsándonos con sus luminosas enseñanzas, aquellos nunca bastante alabados profesores Dr. Robert y Dr. Giné, verdaderos maestros de cuantos mencioné, en el período de internado, influyendo con su paternidad científica en nuestro porvenir. Permitidme rinda, desde este honorífico sitio, el más ferviente y respetuoso testimonio de admiración y agradecimiento a tan eminentes y venerados maestros.

(1) Luis Suñé y Molist vino al mundo, en Barcelona, el 11 de Enero de 1852. Tomó el grado de Licenciado en Medicina, en brillante expediente escolar, en Mayo de 1874, no pudiendo graduarse de doctor, por causas ajenas a su voluntad. En 1870, fue nombrado alumno interno pensionado en recompensa de oposiciones ganadas en asignaturas de la carrera. En 1875 fue nombrado médico de las Casas de Socorro, de Barcelona, y dejó este cargo por renuncia, seis años después. En 1877, fue nombrado Secretario perpetuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía, de Barcelona. En 1912 se le confiere el cargo de Subdelegado de Medicina del distrito del Norte e Inspector municipal de Sanidad.

Atraído por su amor a la investigación experimental, entonces rarísima, y seducido cual el grupo de animosos jóvenes nombrados por las atrayentes doctrinas del gran fisiólogo Claudio Bernard, inició el estudio práctico de las ciencias biológicas. Funda la modesta sociedad «El Laboratorio», juntamente con el malaventurado Colomer, alma de aquella agrupación y los entonces alumnos Barraquer, Cardenal, Vilar, de Riba y quien estas líneas escribe.

Allí, en modesto y exiguo local, casi sin dinero, se constituyó, creo el primer Instituto de experimentaciones biológicas en España, donde aprender la fisiología, la terapéutica y la toxicología experimentales, en el verdadero libro en que deben estudiarse, o sea en el de las vivisecciones, en el animal vivo.

Suñé, en sus Memorias íntimas, al describir la organización de este modesto centro científico dice: «Esta Sociedad se aparta bastante del tipo de las demás: en ella no hay presidente, ni otras trabazonas académicas: hay tan sólo amistad nien entendida y un cajero. Es una especie de República, de envidiable tranquilidad y de progresiva gloria.»

Consigno gustosísimo en esta ocasión, que el Laboratorio fué admirado por cuantos, en aquella época de lucha, sentían palpitar en su pecho el afán investigador y su amor al humano progreso. Grandes figuras médicas barcelonesas no se desdijeron, en breve, de engrosar nuestra agrupación, aportándonos sus conocimientos: Robert, Giné, Letamendi y Rodríguez Méndez, se complacieron en alternar con nosotros, todavía alumnos, en actos de experimentación trascendente.

Hasé escrito que el Laboratorio tenía algo del barrio latino de París, por su vida íntima, casi de bohemos; mas, no duela a sus fundadores, ya que de allí no surgieron vituperables consecuencias. Antes por el contrario, discípulos y maestros debemos vanagloriarnos de haber encendido con potente luz, durante aquel período de inquietud y contiendas civiles, la antorcha de la Ciencia, alentando con bríos el renacimiento de la Medicina experimental en nuestra patria.

Más tarde se fusionaban el Laboratorio y la naciente Academia de Ciencias Médicas de Cataluña, perdiendo conjuntas aquella primitiva y laudable tendencia práctica, que ahora, con aplauso, se intenta recuperen. Años después (1889), Suñé, era elegido Presidente de aquella Corporación.

En el lapso de tiempo indicado, mi amigo realizó una serie de experimentos notabilísimos sobre la acción fisiológico-terapéutica de la digital, de la belladona, del jaborandi, del opio, etc.; investiga funciones de los dentro de la inervación y del sistema nervioso periférico; comprueba efectos tóxicos del fósforo, arsénico y otros cuerpos, practicando experimentos de gran alcance con los respectivos anti-tóxicos. Observó los efectos de la extirpación del bazo en los perros; estudió la formación de circulaciones colaterales, etc. Con estos y otros estudios, aumentaron sus prestigios, sin decaer jamás. Nuestro compañero se crecía, al convencerse de que mediante el análisis experimental llegamos a desenfrañar la concepción sintética de los fenómenos de la vida.

Penetrado de las ideas sostenidas por C. Bernard, era un convencido de que sólo existe una ciencia en Medicina, y esta ciencia es la fisiología, aplicada tanto al hombre sano como al hombre enfermo.

Estaba persuadido de que el espíritu del hombre adquiere dos órdenes de nociones: *subjetivas o abstractas y objetivas o concretas*. Sin olvidar que jamás una sola de estas nociones puede existir en nosotros aisladamente. Empero, reconocía que en las ciencias biológicas debemos atenernos especialmente (como método de investigación) a las realidades objetivas. En fisiología bien constituida, las teorías serán defectuosas, si no se cimentan sobre hechos bien conocidos, confirmados en el laboratorio: sólo de esta suerte, se dictarán las leyes positivas de la *investigación fisiológica* y de la *crítica experimental*. He ahí la clave, el fundamento, diré mejor, de los impulsos de Suñé y Molist.

Con meridiana claridad, opinó siempre que la Medicina no es tan sólo el arte del práctico. No: la Medicina es, sin duda, una Ciencia, y los médicos, como dice el sabio maestro Grasset, son verdaderamente los obreros de la biología humana.

Discurriendo en este sentido, no tuvo que rectificar, años más adelante, estos principios fundamentales, ni abdicar del criterio establecido antaño, pues hoy caminamos por estos mismos derroteros. Pasó el reinado de las concepciones filosóficas; perdió, quizá en demasía, su omnimoda influencia el influjo del trastorno anátomo-patológico, el exclusivismo de la patología celular, y hoy el *pensamiento* fisiológico, según el patólogo citado, domina por entero la ciencia del hombre. Es perfecto el conocimiento del funcionalismo del individuo en estado normal y en estado patológico, lo que priva; en otros términos, consideramos a la fisiopatología como la base fundamental de la clínica.

Muy joven aún, en los ratos de holgar, que no los tuvo, sino de descanso, que le dejasen libres las horas de guardia en la Casa de Socorro, nos regala los primerizos frutos de su fecunda imaginación y poderosa inteligencia escribiendo la novela realista «Misterios del Hospital», crítica, entre punzante y amena, de sus contemporáneos maestros y escolares, conteniendo acerbas censuras contra la Adminis-

tración de un hospital de esta ciudad (1). La obrita obtuvo gran resonancia; mereció entusiastas elogios de unos y fué muy severamente juzgada por otros. No han visto la luz pública otras dos novelas suyas de tendencia análoga, tituladas «El poder de la voluntad» y «Dos amantes».

Tales trabajos, en los que destacan cuadros pintados por mano experta y en los que se sostiene un estilo castizo y deleitoso, diputan a Suñé y Molist como escritor correctísimo, novelista imitador del naturalismo en boga en aquellas fechas, después que, con rapidez inaudita, invadieron el campo de la literatura las publicaciones de Zola, autor de *Les Rougon-Macquart* y de *Pot-Bouille*, representantes genuinos del arte naturalista (1871).

No me hallo investido de autoridad bastante, y es impropia la ocasión, para juzgar el innovador sistema literario, que tuvo ya sus predecesores en escritores helénicos y latinos. El acentuado cinismo de Rabelais y las mismas audacias descriptivas de Quevedo, son, en el concepto de algunos pensadores, el preludio de del naturalismo nuestros días. Más tarde, los Balzac, Sthendal y otros, empezaron su historia.

Sin embargo, no hay que confundir la novela *realista*, basada en el método analítico y experimental, y aún si queréis adaptada a la escuela naturalista, en cuánto metodología literaria, en cuyo espléndido desarrollo se aplauden sabios autores, con la novela *naturalista* de la que fué principal propugnador Emilio Zola, pues ésta, por el fondo fisiológico de sus doctrinas, no puede aceptar la quien no sea determinista, materialista y fatalista, según expresa una cultísima escritora, gloria de las letras patrias, la señora Pardo Bazán.

Nuestras convicciones nos apartan de los adeptos a este último orden de literatura, siendo lamentable haya adquirido tantos prosélitos la novela naturalista, de la que pudo decirse brilla tanto por sus bellezas literarias, como por sus deformidades morales. No se me tache de duro e intransigente, así razonando, pues, para ello me basta tener en cuenta, además, el documentado juicio emitido por el P. Blanco García en su famosa obra «La Literatura Española en el siglo XIX. (1891-1894).» Este crítico, afirmativo y claro si los hubo, resume su competentísima opinión en estos breves asertos: «El naturalismo contemporáneo, dice, es la conjunción de dos elementos afines, la negación pesimista en el fondo y la desnudez absoluta en las formas; correspondiéndole una parte muy principal en este desaliento que enerva y entumece el espíritu, contando su libre y grandioso vuelo por las esferas de lo ideal. De ahí, los desastrosos efectos de la novela naturalista, consagrada al solo culto de la materia.»

Aparte estas salviedades, conste que la novela de Suñé surge como producción de una fantasía viva y fecunda, luciendo en ella ingenio agudo y originalidad, con algunas páginas dignas de un buen psicólogo. Alegaré en disculpa y abono del autor, que la obra, aunque realista, reviste cierta timidez en algunas situaciones, es perspicua y suave en la interpretación, no anda por los lodazales del sensualismo y en sus cuadros novelescos hay pulcritud, no apareciendo los impúdicos matices y las crudezas que han generalizado Zola y sus secuaces.

Algún tiempo después de recibir el grado de licenciado en Medicina, comienza Suñé y Molist, con vigor, su trabajo intensivo. En 1878, funda con otros profesores la «Gaceta Médica de Cataluña». Junto con el Dr. Gelabert, inicia la publicación de «La Higiene para todos» (1881); interviene en la aparición de otras revistas profesionales y colabora en periódicos médicos de otros puntos del reino. Escribe biografías, revistas generales, traducciones de estudios médicos en diferentes idiomas, etc. (2)

Se le honra con el título de socio honorario del Ateneo Científico de la Habana, corresponsal de la sociedad de Terapéutica de Madrid, de la Sociedad Española de Higiene y socio corresponsal de esta Real Academia (1877).

En 1876, por su Memoria sobre «La acción de la digital», obtiene medalla de oro de esta Corporación y en 1881 le otorga la misma Real Academia el premio Garí, por su monografía «Inflamación de las membranas mucosas».

De esta suerte, y con otras merecidas distinciones, quedaba afirmada, desde los juveniles años, su personalidad y su aportación científica, descollando como erudito escritor médico. Su triunfo era seguro.

No puedo substraerme al deseo de exponeros, aunque sea en conciso esbozo, algunas de mis impresiones más interesantes acerca los substanciosos trabajos citados, y sobre algún otro no menos relevante, expresivos todos de su laboriosidad científica. Me veda ser extenso el carácter de este acto: vuestra sagacidad suplirá lo imperfecto de mi resumen.

En su estudio sobre «La acción fisiológica de la digital y su valor clínico en las afecciones cardíacas», son de aplaudir, sin reservas, sus extensos conocimientos de farmacoterapia, sus condiciones de inves-

(1) «Misterios del Hospital», novela publicada con el seudónimo de Emilio Solá.— Un volumen en 8.º, de 523 páginas.— Barcelona, 1883.

(2) Consúltese el Diccionario de escritores y artistas catalanes del siglo XIX, por Elías de Molins, 1889, y se obtendrán datos bibliográficos importantes.

tigador analítico, sus dotes de botánico práctico y su fina intuición, al inquirir y delinear las relaciones entre los síndromes de las cardiopatías y la acción fisio-patológica de la dedalera. Y tened presente que en aquella ocasión el autor anduvo con bagaje asaz reducido por el campo de la clínica, limitado a elegir escasos derivados de la digital purpúrea, como quiera que, entonces, el empleo de la digitalina se juzgaba un atrevimiento, rubricándose con temor su formulación, habida cuenta que acababa de ser descubierto tan utilísimo alcaloide por Nativille, en 1868. No se habían alcanzado nuestros felices tiempos en los que el célebre Huchard y otros cardiólogos, de fama universal, nos trazaran las normas para manejar con metódico acierto el indispensable tónico-cardíaco en las enfermerías de cardiopatas.

La cultura médica de Suñé osténtase profusamente en la monografía «Inflamación de las membranas mucosas», tesis desarrollada con plétora de detalles, cimentando, sobre un sano criterio de la anatomía patológica, el concepto de inflamación, admitido entonces. Desecha lo hipotético que entorpecer pudiera, lanzándose con entusiasmo en brazos de la anatomía y fisiología patológicas, que son sus sabios mentores al internarse en el estudio de las flegmasías de las mucosas. Escudriña, indaga y esclarece puntos oscuros de patogenia y tratamiento y se eleva a admirables alturas al llegar al conocimiento de los trastornos surgidos en los territorios celulares.

Bien se os alcanzará, pisaba este terreno seguro y sin vacilar, con reconocida superioridad, en unos momentos que denominaré de revuelta científica, en los que, verdaderos iconoclastas, derrumbamos, en todas las naciones de Europa, antiguas lustraciones e ideologías, y brillaba el sol de las doctrinas del genial Rodolfo Virchow, quien con su «Patología celular» y su monumental obra «Patología de los tumores», iluminaba el horizonte científico.

Casi me envanezco, al poder recordaros con fruición la complacencia y el goce, verdadero fervor, por la Ciencia, con que nuestro biografiado, en el trabajo a que me refiero; pregona los más modernos e interesantes conceptos de patología general escogidos en las páginas de aquellos textos, y en las de los tratados de Julio Cohnheim y Rindfleisch, que eran su alimento intelectual cotidiano.

El autor desconocía en aquella lejana época los portentosos descubrimientos de Pasteur y sus discípulos, muy posteriores, e hizo gala en su trabajo de los adelantos adquiridos con el cotejo de las comprobaciones entre el síndrome y la alteración anátomo-patológica del órgano. Decidido defensor del *omnis célula é célula*, estudió las formaciones celulares, para alcanzar luego el perfecto conocimiento de la función. En esta monografía siguiendo al profesor de Berlín, va conducido por el buen sentido y la razón; al lado de la ley fisio-patológica, halla siempre los hechos que han servido para establecerla.

Quiso espigar y recrearse por el campo de la Higiene en sus relaciones con las actividades del espíritu, y recoge competentes plácemes, al leer, en el acto de su ingreso en esta Real Academia, el discurso reglamentario, «Higiene del espíritu». En esta obra revela el novel académico sólidos conocimientos de los tratadistas clásicos en esta materia, y descubre sus cualidades de pensador profundo, atestiguando, en sus páginas, que tan sólo el desconocimiento de arduos problemas psíquicos y de la higiene, o la adopción de doctrinas defendidas por algunos sabios riquísimas en hipótesis gratuitas y en datos científicos no comprobados, puede conducir a funestas deducciones. Cabe añadir que su discurso suscita dudas difíciles de aclarar y deja entrever cuestiones de ardua resolución.

Se condensan los filosóficos y meditados conceptos de Suñé y Molist, en el siguiente párrafo final de su oración final de ingreso, que me honra transcribir:

«Las leyes mentales son, según Buckle, los grandes reguladores del progreso; pues bien, estudiemos sin cesar estas leyes de la materia nerviosa viva, *higienicémoslas* racionalmente; en cuanto su fisiología se vaya enriqueciendo con los datos experimentales de la ciencia, y quizá en pocos siglos seremos más dignos de reinar en la Naturaleza, alta la frente al Cielo, con la inefable dicha de haber llevado potente luz a las tinieblas de la ignorancia, de haber vigorizado el pensamiento, y dado belleza inmaculada a las armonías dinámicas o espirituales que exhala ese cerebro humano, arquetipo de todas las maravillas que Dios levantó del caos.»

Su amenísimo discurso acerca de «La Emoción», leído en una de las inaugurales de la Academia de Ciencias Médicas de Cataluña, es una acabada obra literaria que le acredita como prosista de verdadero mérito. En giros castizos y frases claras, gratas y elegantes, cautiva su lectura, por el arte y la destreza con que el autor modela su pensamiento y sus oportunas reflexiones médico-sociales. Explica, por manera singular, esta modalidad del estado de conciencia, aspecto afectivo sensible del placer o del dolor, que todos hemos experimentado y comprendido, siendo, no obstante, tan difícil de definir, como de fijar sus límites.

En aquellos párrafos analiza ese fenómeno interior tan complejo, gama de sensaciones y sentimientos, síntesis de elementos intelectuales y afectivos, de todos los que parece ser la emoción su concreción completa.

Pinta con suaves colores la influencia de la expresión de esas vibraciones del alma denominadas emoción, que es goce, alegría o deliquio, unas veces, horror, llanto o estupor en otras ocasiones.

Admira la descripción y comentario de esas situaciones de la expresiva espiritualidad del individuo, que quizá aparecerían mejor reveladas con las armonías de la música que con el discreto y preciso uso de la palabra. Así expone y analiza las emociones más violentas, con sus latidos del corazón, que parece escapar del pecho, la respiración anhelante y las llamaradas del rostro, como las que, a las veces, sólo son notadas por la tenebrosa inquietud cerebral, o la beata euforia a que lleva el sueño plácido del espíritu (1). Añadamos, asimismo, con el eruditísimo e insigne profesor Dr. Gimeno, es indudable no hay estado de nuestro ánimo, por insignificante que sea, que no vaya acompañado de cierta emoción agradable o desagradable; así, pudo afirmar el fisiólogo Beaunis, por lo mismo, que no hay acto psíquico, emoción, idea o recuerdo que nos deje del todo indiferentes.

A la espontaneidad literaria de Suñé, suceden períodos en que le atraen estudios de orden profesional, muy beneficiosos para la ciencia. Sin abandonar el cultivo de las flores, entra de lleno en la recolección de copiosa mies.

Su ardiente entusiasmo por los estudios de farmacoterapia, no tan sólo en los libros, sí que crece en el terreno experimental, excede de lo ordinario. Es del dominio público que llegó a intoxicarse, siendo alumno, emprendiendo en sí mismo repetidas experiencias sobre la acción del jaborandi y la pilocarpina; y ya entrado en años, acontecióle un percance análogo investigando los efectos de la aconitina, en cuya última ocasión le asistí, en noche angustiosa, temiendo verdaderamente por su vida.

Su espíritu o carácter observador alcanzó tales exageraciones que, a guisa de paréntesis, he de revelar como en cierta ocasión logró mantenerse encerrado, durante veintitrés minutos, dentro un ataúd, con el solo objeto de averiguar *in ánima nóbili*, los efectos que en vida pueden producirse durante la permanencia en tan *macabro* aposento.

Estos y otros datos análogos muestran cuanto arraigóse su convicción de que no bastan los razonamientos, ni los libros, para conocer los fenómenos o los hechos científicos; apreció útil presenciar los experimentos y los fracasos para creerlos.

Dominaba toda la literatura médica de la *Therapia*, juzgando muy acertadamente que la actuación fundamental del médico, su finalidad ante el enfermo, es remediar los males, curarlos. En verdad, señores, cuando el paciente solicita nuestro auxilio, cuando la sociedad os contempla, no exige tan sólo de nosotros vasta erudición; no pregunta cuál es la valía de nuestros conocimientos en las ciencias auxiliares; no; ante todo, se suplican *actos*, indicaciones terapéuticas activas y precisas que atestigüen nuestro saber práctico. Debe procurar, el clínico, la posesión de abundoso caudal de medios curativos, pues su reputación se elevará tanto más, cuanto mayor sea su suficiencia terapéutica, ora aminorando el dolor, ora paliando los sufrimientos de nuestros semejantes. La terapéutica, dice el conocido profesor holandés Dr. B. J. Stokvis, es, para el médico, la sanción de la obra, el coronamiento del edificio.

Hay más: su atención avivóse siempre ante la resolución de problemas terapéuticos enlazados con la patología. Doctísimo, cual era, cifró sus éxitos más salientes en el dominio de la acción de los fármacos en el hombre sano y en el individuo enfermo, en la fisiología patológica. Obró, a la cabecera del enfermo, percatado de que no es posible una razonada indicación, sin el estudio completo de la patología general. Preveía lo que, ha poco, nos enseña el digno profesor de Montpellier, ya mentado: es decir, que la fisiopatología es la que determina y realiza las indicaciones.

En su ejercicio profesional parecía prohijar las recientes afirmaciones de Landouzy, cuando sustentaba que la fisiopatología es siempre clínica en sus informaciones; suministra la indicación surgida de la patogenia y proporciona los medios de acción fisioterapéuticos; o en otros términos, que será la mejor terapéutica la que derive del análisis del estado hígido y patológico del individuo, al objeto de iluminar o inspirar el oportunismo del médico.

De propósito, hice hincapié en el criterio adoptado por Suñé y cuantos fuimos fundadores del «Laboratorio», o sea, en la absoluta necesidad del cultivo práctico de la fisiología. El tiempo y los hechos, maestros en fructíferas enseñanzas, avaloran nuestra aserción. Es indudable: el porvenir de la patología y de la terapéutica está fundamentado en la fisiología. Importa en definitiva, dice Courmont, estudiar la desviación de las funciones, la manera como el organismo reacciona anormalmente, bajo la influencia de una causa determinada. Lo afirma igualmente Alberto Robin: es menester constituir la patología funcional, y estudiar siempre, como base, la enfermedad de la función.

De esta suerte pertrechado, acercóse siempre mi caro amigo al lado del enfermo, armado de potentes agentes curativos, y si bien en momentos dados os parecía indeciso, vacilante, su espíritu no dudaba; elegía con decisión las más activas y oportunas indicaciones, puestas en entredicho, en algún caso, por lo audaces.

(1) «El Hallazgo y Descubrimiento arqueológicos en la historia del Arte», discurso de recepción del Excmo. Sr. D. Amallo Gimeno en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—Madrid, 1916.

Si bien avanzando en edad se entibaron sus entusiasmos terapéuticos, no por ello menguó la confianza omnimoda que en él depositara su numerosa y escogida clientela, entre la que contaba distinguidos colegas. Con sencilla y ocurrente frase, salpicada de oportunas historietas, disipaba tinieblas del ánimo apocado de los enfermos; así, quedaban ellos tan confortados y tranquilos, fiando en las luces del que reputaban su bienhechor.

Su alma de artista, su viva imaginación, no podía circunscribirse al prosaico y árido campo de las ciencias. Su potente mentabilidad quiso romper las vallas que encierran los limitados espacios de la Medicina y desalentado de las luchas contra las resistencias de la materia, voló su espíritu hacia regiones más plácidas y serenas. Quiso gozar embelesado las suaves ternuras de arte en aquellas esferas donde la imaginación impera y a las que sólo al hombre es dable llegar, siendo, según proclama un atildado escritor, el único animal de la escala zoológica a quien fué concedida tal merced.

Así, en sus mocedades profesionales saludó con poéticos y bien rimados cánticos a las Musas, reputándosele, durante su vida, tan afamado médico y elegante prosista, como cultivador inteligente de la música. Perfecto *dilettante* del piano y del violín, dejó oír con brillantez y tonos magistrales en la ejecución, obras selectas de Beethoven, Chopin, Wagner, etc., de tal suerte, que fueron unánimemente celebradas sus inspiradas interpretaciones, en las que obtuvo verdaderos triunfos.

Deleitándose en la contemplación de la belleza que dimana del arte, en sus distintas creaciones Suñé acudió siempre, para solazarse en apacible goce, al drama, al concierto o a la conferencia, dondequiera ostentase sus galas y acentos el mérito artístico, no superándole nadie en entusiasmo para admirar y aplaudir el arte bello en sus geniales obras.

Dotado de buen humor, dando a esta palabra su sentido figurado, como expansión placentera de nuestra actividad, escribió trabajos festivos, chispeantes, de sobresaliente mérito, algunos de ellos: todavía para muestra, andan, de mano en mano, sus «Consells als metges», oídos siempre con hilaridad y demostraciones de regocijo. Su innato buen humor daba veracidad a la opinión manifestada por algunos, creyendo que hay personas que nacen de casta de nísperos y otras de raza de pimentones.

El camino por donde llegó a atesorar su vasta erudición admirada por cuantos le trataron en la intimidad, no podía ser otro que la lectura asidua, metódica, constante. Pensando, con Bacon, que la lectura completa al hombre, y ceñido, desde sus primeros años, a la memoria de Cervantes, y, con él, a su consejo de no dejar de leer papel que se venga a la mano, lo leía todo, con suma atención. Os asombraríais al consignar, sin hipérbole, que nuestro académico batió el *record de la lectura* (perdóneseme la frase) entre nuestros comprofesores. Citaré algunas de las obras: los veinticuatro tomos del Diccionario Enciclopédico hispano-americano y sus apéndices; la Historia de la Revolución Francesa, escrita por Thiers; las Mujeres Célebres, del admirable orador Emilio Castelar; los Heterodoxos españoles, de Menéndez Pelayo; los treinta y cinco volúmenes de la Historia natural de Buffon; innumerables obras de Medicina y Cirugía; todos los tratados de Terapéutica y materia médica; la mayoría de trabajos referentes a su especialidad; novelas de los autores contemporáneos; obras de literatura, arte, sociología, etc., y muchas más que omito para no fatigar vuestra atención, siempre agradecida. No exageraré, pues, al concederle el título de *médico más leído* entre los coetáneos catalanes.

Las diversas y abundantes obras consultadas, junto con la complejidad e índole distinta de las doctrinas, noticias y datos, de varios órdenes que atesoraba, gracias a la lectura de sendas páginas, sublimaron las facultades de su entendimiento, y debido a ello, así como a su envidiable poder retentivo, su inteligencia era archivo de anécdotas, pensamientos e historias de las más prestigiosas figuras médicas o sociales, que, referidas oportunamente, amenizaban su conversación, cautivando a los oyentes. Ello no impedía que, al concretar rápidos juicios o resoluciones, no obstante la incertidumbre reflejada en su semblante, surgiera luego nítido de su mente el pensamiento.

A no haberle sorprendido la muerte, no dudo hubiéranse elogiado, en trabajos próximos a publicarse, originales orientaciones hijas de tanto derroche de tiempo, de tantas horas restadas al reposo, contribuyendo por tan plausible proceder a perpetuar su vida científica.

En sus postreros años, contemplándole reservado, de aspecto triste y deprimido por la fatiga, asomaba en mi mente la sospecha de si nubecillas de pesadumbre, acentos de melancolía, empañaban su ánimo; quizá marchito. Llegué a temer no había sabido encontrar para sí mismo la felicidad y ventura que, por toda suerte de medios, anduvo buscando para los demás.

A poco de ejercer, la profesión, encariñóse con la especialidad otorrinolaringológica, adecuada a sus aptitudes, e inducido por sus aficiones, toda vez que Suñé y Molist, según acabamos de atestiguar, era observador minucioso, obediente al método y de actuar permanente. Además cúpole fruirse, por ende, en la contemplación de los maravillosos primores del aparato auditivo en las ifligranas de su estructura. Sintióse cautivado ante la admirable arquitectura anatómica del laberinto acústico y ante las sutiles y delicadas funciones de la olfacción. Mi distinguido consocio, peritísimo otólogo, Dr. Botey,

insigne en la especialidad, le considera de hecho y de derecho como el decano de los otólogos catalanes, pudiendo aseverarse que, desde la muerte del Dr. Ariza, se le reputa el más antiguo de los mejores de España.

Gozando de envidiable y sólida reputación en la región catalana, extendióse su bien cimentada fama por el resto del suelo hispano, y su nombre traspasó las fronteras, no en alas de fama vocinglera, ni conseguida mediante propaganda, en sus múltiples formas de reclamos y exhibiciones, si que llevado por los rieles de su pensamiento claro y profundamente científico, según frase de mi antiguo amigo Dr. Sojo, ilustre profesor de Otología de esta Universidad, Politzer, de Viena, reputaba de gran valor los escritos y trabajos de Suñé, debiéndose a su iniciativa que el retrato de éste figurase en la galería de especialistas creada por el otólogo vienés en la biblioteca de la Facultad de Medicina de la capital de Austria. En idéntico sentido resonaron frases de encomio, en algunos Congresos internacionales, oídas de labios de Loewenberg, de París, y de Ferrari, de Roma.

Ha sido uno de los otólogos que lograron ver, provechosamente, mayor número de pacientes del oído. En su estadística, dispuesta y ordenada, a base científica, llevaba registrados unos 32,000 enfermos óticos, desde 1876, hasta pocos días antes de su fallecimiento. Con justicia, pues, se le aclama, en la práctica otológica, como el profesor de más vasta experiencia que existió en nuestra patria.

No debió su especialización a lecciones recibidas de experimentados maestros, ni al obligado viaje al extranjero; se formó y desenvolvióse, con su solo esfuerzo individual, nutrido con el estudio y su incansable laboriosidad. A fuerza de consultar libros y sobre el cadáver e improvisando instrumental de exploración, inició sus primeras campañas en la interesante especialidad que tanto glorificó.

Le califican algunos de otólogo puro, de aurista exclusivo; mas, téngase en cuenta que si su práctica no se especializó, en sus comienzos, en los procesos de la rino-laríngeo-faringe, no fué por carecer del estudio completo y aventajado de este conjunto de órganos, sino más bien por no haberse desplegado, en aquellas lejanas épocas, el portentoso desenvolvimiento de la especialidad rino-laríngea, cuya patología y terapéutica han realizado, después, tan sorprendentes y útiles avances. Empero, le juzgo como un concienzudo cultivador de la conjunta o completa especialidad.

Apasionado en su dominio de la patología y de la farmacoterapia, cuyos escollos sorteaba a maravilla, dada su competencia en estas disciplinas, sintió siempre Suñé, en verdad, inclinaciones de internista; creo posible no ambicionó jamás llegar a la realización de los atrevimientos o audacias que distinguen y elevan a los modernos príncipes de la cirugía. Ello no fué óbice para que figurase, últimamente, como un discreto cirujano del oído, medurado en sus resoluciones, interviniendo con éxitos brillantes y lisonjeros en las trepanaciones mastoideas, en las antro-aticotomías y aun en gravísimos procesos ótico-encefálicos.

Sus múltiples tareas y atenciones a sus numerosos clientes, no le vedan estar al corriente de los más modernos adelantos en la terapia farmacológica y quirúrgica de su acariciada especialidad. Pero, modesto siempre, y rehuyendo imponer su ecuaníme criterio en la clínica otológica, jamás nadie osó censurarle por haberse entregado irreflexivo, y como obsesionado innovador, al empleo de procedimientos curativos de escasa sanción experimental, o sólo ensalzados por criticable y fugaz noticia de la prensa profesional, olvidada, en breve, al compás de la vertiginosa evolución de experiencias pseudo-científicas. Amparándose en el superior criterio de mi buen amigo, es indudable cabría evitar lamentables errores, manteniéndose, a veces, en el *suaviter in modo*, que con su depurado criterio actuó constantemente, previo el estudio particular del caso clínico.

Si me preguntáis cuál es el puesto de Suñé entre los otólogos españoles, contestaré paladinamente que lo elevo como personalidad significada, sobresaliendo de los demás con no escaso mérito. Le incluyo, atendido a discreta y juiciosa opinión de un colega citado, entre los otólogos de la vieja escuela, mas inclinado a la cirugía inofensiva que a las agresividades de una cirugía de alto empuje. Añadiré, con uno de sus biógrafos, escogía las armas de combate, mejor de los armarios de la botica y de los arsenales de la Medicina interna, que de las vitrinas del instrumental operatorio.

Suñé y Molist no juzgaba el trabajo como vil fatiga, si que como bendita ocupación que alegra, regula nuestras energías, es honrado esparcimiento y conduce a la felicidad. De esta suerte, concentró todos sus afanes, así en el cultivo de una ilustrada práctica otológica, como lanzando a la publicidad sus escritos, según podéis colegir leyendo los títulos de los sesenta y tantos artículos insertos al final de estas páginas, amén de las notables comunicaciones dirigidas a los Congresos internacionales de Bruselas, París, Florencia, Londres, Madrid y Barcelona, que otorgaron alto honor a la Otología española (1).

Algunos muy reputados otólogos achacan al carácter un tanto irresoluto de nuestro compatriota a pesar del número fabuloso de enfermos que trataba, no hubiese entrado de lleno en determinadas actuaciones profesionales, que son el verdadero *desiderátum* de los otorinolaringólogos en la actualidad.

(1) En unión con otros colegas, fundó, en 1886, la Sociedad española de Laringología, Otología y Rinología. Posteriormente, con algunos médicos especialistas, la Revista de Laringología y Otología. Escribió notables artículos en varias revistas de la especialidad y, de muchos de ellos, se da cuenta en las *Memorias* de la Sociedad española de Laringología. Dió repetidas veces conferencias sobre puntos interesantes de práctica otológica. Existe, inédito, un compendio de patología y tratamiento de las afecciones del oído, cuya publicación había acordado.

No me sorprende; mi caro amigo, con talento analítico en sumo grado, barruntó sufría en su entendimiento claro y con toda la plenitud de conceptos doctrinales; la falta de ímpetu, resultante de la acción de ideas antitéticas que revoloteaban en su mente. Era profesor de vasta ilustración, según queda aseverado, y sentía, con ardor, sus amores al sacerdocio médico; mas ¡ay!, con los años, ante las decepciones en el continuo batallar en las trincheras de la clínica, se fueron amenguando sus entusiasmos, enfrenándose el poder de su voluntad, y así, cuando más avanzó la vida, como tantos y tantos otros, sufrió el desengaño, por la experiencia, de lo absoluto en Medicina. A ello debéis imputar su falta de decisión, con tintes de escepticismo, que, empero, nunca le privó de dejar sentadas útiles, sabias y provechosas indicaciones terapéuticas, farmacológicas y quirúrgicas. Suñé otólogo, era el mismo Suñá social; entre dos ideas o tesis contrapuestas, rechazaba lo extremado o lo dudoso; esforzose siempre en adoptar conclusiones de conjunción, intermedias.

Le reputo especialista, en la verdadera acepción de esta palabra, entendiendo que la división del trabajo, entre los médicos, no consiste en el desmenuzamiento de órganos y funciones, antes mejor en el completo y categórico estudio del mutuo enlace de lo anatómico y lo funcional. Es inaceptable la especialidad particularizada en absoluto; sólo los médicos de acertado pensamiento, cual era él, que siempre tienen la mirada fija en el concepto general de la enfermedad, de sus causas y de su tratamiento, no olvidando el conjunto, o sea la individualidad humana, pueden ejercer con brillantez la especialidad elegida.

La perfección del especialista, dijo Letamendi, está en razón directa del conocimiento del conjunto a que pertenece el particular órgano que estudia o trata.

En su precioso discurso «El oído en sus relaciones con el organismo», en el trabajo de contestación al Dr. Botey, al ingresar éste en esta Real Academia, en las comunicaciones a los diversos Congresos Internacionales y en todos los escritos de su especialidad, perdurará inmanente el recuerdo del renombrado otólogo, que, durante su larga etapa científica, supo desterrar los doctrinarismos a la antigua usanza, vivificado por las conquistas del panspermismo; aceptando la intervención de los agentes microorgánicos en la génesis de los procesos morbosos. Con su claro juicio de pantiatra, especializado, nunca dejó de parar mientes en el terreno donde se desenvuelve el microbio, en ese organismo decadente o maltrecho, que hace susceptible, o prepara, la invasión y desarrollo del germen.

Su significación biológica y su ponderada personalidad de terapeuta y patólogo, permitióle enaltecer por modo laudable y extraordinario la otorrinolaringología en el principado de Cataluña. Agradecemos tan digno laborar, ya que así hemos podido acudir, amigos y admiradores, no tan sólo a lamentarnos por haberle perdido de nuestro lado, si que además para tributarle postrera manifestación de duelo en esta sesión necrológica, loándole como el médico otólogo que cooperó brillantemente al ensalzamiento y esplendor de su especialidad, en España.

Está verdaderamente justificado el luto que embarga a la Real Academia de Medicina y Cirugía, de Barcelona. Penetrada ésta, en 1886, de las envidiables cualidades y conocidos merecimientos de Suñé y Molist, le abre gozosa sus puertas; abrazándole en su seno, como un elemento representante de la sabiduría, la honradez, la lealtad y la suficiencia. Mas, esto era poco; al año siguiente, segura de sus aptitudes, a la vez garantía de acierto, le nombra por aclamación su Secretario perpetuo, cargo desempeñado hasta el fin de sus días con tacto singular, rodeando con nimbo de honor y grandeza el sillón que ocupó, y difundiendo con sus destellos de excelcitud los serios prestigios de esta Corporación en todos sus actos. Deja, pues, entre nosotros, vivo recuerdo, imborrable, impercedero.

Al historjar la dinastía de nuestros secretarios vitalicios, se le elogiará, por voto unánime, como iniciador glorioso de esta honorable legión, revelándose, de modo ostensible, que nuestro compañero, por todos exaltado, conquistó después de persistente y nunca a sazón alabada lid, el cariñoso aplauso y justo homenaje que hoy le dedicamos, para recordar, a través de los tiempos, las notorias e inapreciables prendas de su gestión celosa, no interrumpida, digna de ejemplo y duradera memoria.

Su abnegación y desinterés rayan en lo extraordinario, mientras permaneció en su actuación. El excesivo cometido diario; las molestias sin límite, casi oficinistas; innumerables exigencias, rápidos y minuciosos menesteres y cuantas obligaciones son hijas del cargo, sospecho llegasen a perjudicarlo en sus intereses absorbiendo su actividad y su tiempo. Tened la certeza de que nuestro preciado Secretario antes consintió ver mermados sus ingresos y la numerosa clientela, que dejar de favorecer, aun a costa de su sacrificio personal, cuanto tendiese al lustre y progreso de su amada Academia de Medicina. No solicitaré, pues, vuestra venia, compañeros académicos: estoy firmemente seguro interpreto con fidelidad la natural cortesanía, el agradecimiento y el sincero afecto que brotan de vuestro corazón, rindiendo al que fué nuestro estimado Secretario perpetuo los más fervorosos votos de aprobación y alabanza, del pleno de la Academia, en este solemne y luctuoso momento.

Ni uno solo de nosotros puede olvidar, la lectura de las reseñas de las sesiones inaugurales de esta Corporación, que oímos, año tras año, durante cinco quinquenios, premiando con gozoso asentimiento los ingeniosos conceptos vertidos en primoroso documento literario, donde con galanura en el decir nos exhibía el trasunto completo de las tareas anuales de esta Institución oficial.

En ellas, entre lo pertinente y propio de la secretaría, se reflejaban sesudas y particulares opiniones personales, datos históricos importantísimos, noticias, rasgos o sucesos inéditos, de interés retrospectivo, exhumados, algunos, de nuestros antiguos archivos, revelando, todo ello, las bellas cualidades de bibliófilo y bibliógrafo que adornaban al que juzgábamos insustituible secretario.

Todavía me parece resuenan vibrantes en este recinto, santuario de nuestras corporativas tradiciones, los ecos de las palmadas con que muchos de los que acudían a las sesiones inaugurales saludaban los párrafos leídos por Suñé. Con delectación era escuchada la ímproba tarea que, anualmente, era forzoso se impusiera quien, ataviado con su talento y su elegante pluma, vencía todos los años las dificultades de una narración, que, siendo en el fondo idéntica, la convertía él en lectura amenísima, sin fatigar al auditorio, que atento y silencioso saboreaba aquellas bellezas de la lengua castellana que brotaban de sus labios, maravillando a la concurrencia las espléndidas vestiduras, de muy selecto corte, con que hermoseaba los más sencillos pensamientos.

A su ímprobo trabajo débese la colección de manuscritos, folletos y obras catalogadas en los anaqueles de nuestra Biblioteca, junto con el hallazgo de volúmenes antiguos meritísimos, fruto de sus incesantes búsquedas. Merced a procederes de selección, engorrosos y entretenidos, cual consumado archivero, agrupó los documentos, clasificados todos con admirable orden. Es tal su acertada disposición, gracias a su paciente obrar, que no titubeo en considerarle, con razón, como el introductor, en esta Secretaría, del verdadero hilo de Ariadna para dirigir nuestros pasos por el intrincado laberinto de legajos, libros y monografías dispuestos para los usos de la Corporación.

Con el beneplácito de todos vosotros, dignos académicos, paréceme poder considerarle como *el alma* de este organismo. Pues, si bien ciertamente son éstos con su levantado puntual cumplir y el prestigio de su autoridad y saber, quienes forman la institución y le atraen su influencia, ni ello, ni los trabajos que publica, ni las decisiones que establece o sienta, son otra cosa que el *cuerpo* de la Academia. El *alma*, es el secretario; éste inspira su manera de actuar, mantiene y ordena la vida de relación, e inicia su influjo en las manifestaciones médico-sociales. Es fiel guardador de los *secretos* y; a su manera, regula el orden de íntimos acuerdos, vigila el estado económico y alienta su prosperidad.

Premiemos, perpetuamente reconocidos a nuestro compañero y colaborador, tanto quebranto, ese activo cooperar que le dignifica, y sea mayor nuestra gratitud, pues, al obrar con mayor celo de lo exigido, mantuvo el apogeo y nobleza de nuestra Corporación, siempre con apariencia de pasividad, huyendo de estériles y aparatosas expansiones, sin envilecerse jamás en la cotidiana alabanza propia.

Bastarán breves palabras y conoceréis a Suñé y Molist en el orden moral y en el social o político.

A su apasionamiento por el saber, y esclavo del cumplimiento de las funciones profesionales; a su vehemente deseo de depurar y discernir lo cierto de lo dudoso, de aquilatar lo inútil o lo fructífero, junto a su adoración a lo bello, según acabo de patentizar, se aunaban los actos bondadosos que derrama su ingenuo corazón, a todas horas compasivo y dispuesto a desinteresada generosidad. Era la personificación del *vir bonus, medicina peritus*. No ha legado a su familia riquezas adquiridas en el ejercicio de su especialidad, módico como fué en sus honorarios. En cambio, los suyos heredan la gloria de su nombre, tesoro valioso, capital incalculable, producto de lo honroso de sus actos y de las facultades de su entendimiento con que plugo al Creador dotarle.

En todos sus escritos, mayormente en los de tendencia psicológica compulsados, y en varios de sus juicios y disquisiciones, no se afilia entre aquellos que, «dislocando los verdaderos fines del saber, intrigan para que la materia niegue la verdad de las más sublimes intuiciones del espíritu». Estoy convencido puede sintetizarse su pensamiento en esa elocuente frase que, en mi juventud, oí pronunciar a uno de mis maestros, celebrado polígrafo: «La Ciencia, decía, o es investigación, o no es nada, y la Verdad, o va derecha a Dios, o no es tal verdad.»

Poseyendo noción exacta de sus deberes cívicos, de su misión social, cooperó y rindió veneración al culto de todo cuanto atañe al ejercicio de los actos de la ciudadanía, creyendo antipatriótica o vergonzosa la dejación de esos deberes, convencido de que llegado el día en que todos sacudamos el marasmo y el indiferentismo, bien calificados de verdadera cobardía moral, interviniendo con sostenida firmeza en la vida pública, alcanzaríamos mejorar el estado de nuestro país. Enamorado de nuestra patria, no podía soportar, casi no se avenía a resignarse, con nuestro lamentable modo de ser político y social. En presencia de las grandes crisis que sufren las sociedades contemporáneas, aplaudía el mantenimiento de los eternos principios del orden social, sin los cuales debe convenirse son posibles los cambios en los gobiernos o mutaciones en las diversas tendencias políticas, pero no el anhelado y verdadero progreso.

Genuinamente catalán, admirador y amante de su *patria chica*, suelo con plenitud de fueros y atributos de honda raigambre, desposeído de tendencias radicales, acarició fecundo y sano regionalismo y; por ende, cifró sus inspiraciones en la reivindicación de la vida local, en el mantenimiento de

nuestro derecho propio, en el de la lengua catalana, o sea del verbo de expresión que aprendimos a balbucear mientras nuestras madres nos mecían en la cuna. Y así debía ser, toda vez que la reivindicación regional debemos tener presente es un problema nacional, que se siente en toda España, aunque más vivamente expresado en Cataluña. De ello podrá ésta estimarse orgullosa, si alcanza a que sus ansias de bienestar, sus sentimientos de reconstitución y expansión resuenen, según dijo con elocuencia un fogoso tribuno, cual aldabonazo que despierte las energías dormidas de las demás regiones, avivándoles sus impulsos, que serán de gran alcance, si nos asociamos todos, libres de odiosos exclusivismos, para trabajar conjuntamente en la grande obra de la salvación y engrandecimiento de la patria.

No me atrevo a afirmar en este instante si sus anhelos le acercaban o sumaban a los partidarios del nacionalismo, sustentado últimamente, aceptándolo en el sentido de crear un Estado en Cataluña, y planteado, poco ha, como un problema de reivindicaciones trascendentales, que sólo con reformas del régimen constitucional pudieran resolverse. Mejor opto por opinar aspiraba, dentro sus justas convicciones, abominando de ese centralismo absorbente y anemiente que anula o merma las iniciativas de la región, a un regionalismo descentralizador, con determinadas garantías, no circunstancial, sino permanente. Regionalismo que nos permitiera convivir en idéntica aspiración con las demás regiones, a fin de afianzar, conjuntos, una era próspera, progresiva y venturosa. Precisa añadir, que, tolerante ante las divergencias de credo político que existen en esta región, siempre se manifestó refractario, opuesto resueltamente, a todo sentimiento, a toda idea, a todo acto que, en lo más mínimo, pudiera atentar a la unidad nacional, a la integridad de España, que por otra parte es indudable, anularían, siempre, cuantos sentimos, sin prejuicios, el patriotismo catalán identificado con el patriotismo español.

Señores: antes de terminar, he de asociarme con alma y vida, interpretando los vehementes deseos de esta Real Academia, al acerbo dolor de esas amantísimas madre e hija, y al de esos bien queridos hijos, nuestros antiguos amigos doctores Suñé Medán y Oliver Rodés. No sin rogarles, asimismo, alentado por las vibraciones de los más cordiales sentimientos, mitiguen su tristeza y estimen como un lenitivo a la justa amargura que les agobia, el nobilísimo orgullo en que todos abundamos, unos por el entrañable amor que endulzó sus días, y otros por la constante amistad con que nos favoreció el ínclito médico, al poder evidenciar, en esta solemnidad, que Suñé, como esposo, padre y amigo, vivió siempre laborando y consagrado firmemente al cumplimiento de los más sublimes deberes. ¡Bien merecida tendrá, en los salones de esta Academia, la hornacina en que mostrar su efígie, para perdurable ejemplo de los venideros vitalicios!

Señores Académicos: me atrevo a rogaros, acogiéndome a vuestra benevolencia, os dignéis aceptar, en testimonio de cariñoso y dolorido recuerdo, esa modesta guirnalda, tejida con flores de agradable fragancia, recogidas en su fértil campo de acción médico-social, y al derramar nuestras lágrimas sobre la tumba, forma de expresión póstuma, sincera y sentida, de cuanto nos acongoja la pérdida del inolvidable académico, ábranse nuestros corazones a dulces y fundadas esperanzas, al dirigir las miradas a lo alto y divisar entre celajes aquellas tan consoladoras palabras: «No todo muere; cuando la vida del hombre se extingue, comienza un nuevo vivir.»

HE DICHO

## Méritos y publicaciones de don Luis Suñé y Molist

**Epoca escolar.** (1868 a 1874.) Premio ordinario de las asignaturas de Anatomía, Disección, Terapéutica, Patología general y Patología interna. Alumno interno pensionado de la Facultad (1870 a 1864). Fundador de una sociedad escolar denominada «El Laboratorio». Redactor de *La Independencia Médica*. Desempeñó el cargo de practicante en la ambulancia de la Cruz Roja, en la provincia de Gerona, durante la guerra carlista.

**Epoca titular.** (1874 a 1814.) Ayudante substituto del Profesor clínico Doctor don Nicolás Homs (1875). Socio fundador de la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas de Cataluña y Presidente de la misma (1890-1892). Premio (medalla de oro) en el concurso que, en el año 1875, abrió la Real Academia de Medicina de Barcelona. Socio corresponsal de la misma en 1875. Premio Garí (1,000 pesetas) en el concurso de 1877, anunciado por dicha Corporación. Fué nombrado académico numerario de la misma, en 1886, intitulado su discurso de ingreso *Higiene del espíritu*. Fué elegido Secretario perpetuo de la propia Real Academia de Medicina, en 1887, cargo que desempeñó hasta su muerte.

Leyó su discurso de turno *Del oído en sus relaciones con el organismo*, en 1895; y el de contestación al de ingreso del Dr. D. Pedro Esquerdo, en 1893. Fundador y redactor de la *Gaceta Médica Catalana*. Colaborador de todas las Revistas Médicas de Barcelona y de algunas de otros puntos de España y del extranjero. Fundador, con el Dr. Gelabert, de la *Higiene para todos* (periódico semanal). Idem con el Dr. Roquer y Casadesús, de la Revista de Otorrinolaringología. Uno de los fundadores del *Internationaler Zentralblatt für Ohrenheilkunde*, de los Dres. Brieger y Gradenigo, que se publica en Breslau. Tomó parte activa en los Congresos médicos internacionales de Bruselas, París, Florencia, Londres, Madrid. Organizó el Congreso Español de Otolología, celebrado en Barcelona (1899). Dió una conferencia pública sobre *La evolución del órgano del oído en la escala zoológica*, en el Laboratorio Zoológico «Aragó», de Banyuls-sur-Mer. Socio correspondiente de la Academia de Medicina de Zaragoza, del Ateneo Científico de la Habana y de la Sociedad de Higiene de Madrid. En 1896, sus publicaciones le abrieron las puertas de la *Société d'Otologie et Rhinologie*, de París. Fué, durante diez años, médico de las casas de Socorro de Barcelona, renunciando el cargo por exceso de ocupaciones. Socio de la Económica Barcelonesa de Amigos del País y de otras Corporaciones científico-literarias de Barcelona. Presidente de la Junta de Defensa de la clase médico-farmacéutica de Barcelona (1892). Presidente honorario de la Sección de Otorrinolaringología, del II Congreso Español Internacional de la Tuberculosis, celebrado en Barcelona (1910). Presidente de la Sociedad Barcelonesa de Otorrinolaringología (1911). Miembro fundador de la Asociación Española de Otorrinolaringología (1912). Subdelegado de Medicina del Distrito del Norte de esta capital e Inspector municipal de Sanidad (1912).

En la sesión del día 15 de Diciembre de 1913, la Real Academia de Medicina de Barcelona, acordó, por unanimidad, testimoniar al Sr. Dr. D. Luis Suñé y Molist, su gratitud por el celo e inteligencia con que venía desempeñando el cargo de Secretario perpetuo, ofreciéndole con tal motivo, una artística placa, como homenaje de admiración y simpatía, que por modo duradero le recuerde el reconocimiento de la Corporación.

#### Publicaciones diversas

Análisis clínico de las orinas aplicado a la semiótica (Lecciones prácticas dadas como ampliación al curso de Oftalmología, de 1874, del Dr. Carreras y Aragón). *La Independencia Médica*, enero a mayo de 1875.

Historia clínica de unos accidentes debidos a la vacunación. *La Independencia Médica*, diciembre de 1874.

El laborandi en Barcelona. *La Independencia Médica*, marzo-abril 1875.

Necromanía súbita. *La Independencia Médica*, 11 septiembre 1875.

La mostaza blanca, n.º 3. *La Higiene para todos*, 1881.

Higiene del oído, núms. 5, 6, 7, 9 y 10. *La Higiene para todos*, 1881.

Gordos y flacos. *La Higiene para todos*, abril 1881.

Reglas higiénicas referentes a la disminución de la obesidad. *La Higiene para todos*, mayo 1881.

Consideraciones sobre algunos puntos de la acción fisiológica y terapéutica de la ipecacuana. *Gaceta Médica de Cataluña*, 1878.

Fractura del parietal derecho con hundimiento: meningo-encefalitis traumática, curación. *Gaceta Médica de Cataluña*, 1878.

División traumática casi completa del dedo índice. Unión rápida por medio de la inmovilidad y las curas con alcohol y algodón. *Gaceta Médica de Cataluña*, 1878.

Propiedades de los salicilatos a dosis alta (reumatismo poliarticular agudo curado en 20 horas). *Gaceta Médica de Cataluña*, 1878.

Absorción cutánea del iodo-asociado al aceite de hígado de bacalao. *Gaceta Médica de Cataluña*, 1879.

Las aconitinas. *Gaceta Médica de Cataluña*, 1879.

Gangrena pulmonar provocada (al parecer) por un miasma morbosos. *Gaceta Médica de Cataluña*, 1879.

Influencia de la presión intralaberintica en las afecciones del oído. *Gaceta Médica de Cataluña*, 1879.

Tubérculo subcutáneo doloroso inserto en el neurilema de una rama superficial del nervio músculocutáneo. *Gaceta Médica de Cataluña*, 1879.

El nuevo anestésico de Paul Bert. *Gaceta Médica de Cataluña*, 1879.

Ortomorfia (ortopedia) quirúrgica. Mano talus no congénita. Curación en 20 días. *Gaceta Médica de Cataluña*, 1879.

La trementina y el fósforo. *Gaceta Médica de Cataluña*, 1879.

- Diagnóstico de algunos casos morbosos con carencia de datos subjetivos. *Gaceta Médica de Cataluña*, 1879.
- Efectos de la irritación en la adenopatía sífilítica. *Revista de Ciencias Médicas*, 1880.
- Hongos parásitos de la oreja humana. *Revista de Ciencias Médicas*, 1880.
- Coloraciones que se producen en las orinas por efecto de ciertos medicamentos. *Revista de Ciencias Médicas*, 1880.
- Utilidad del tratamiento explorador en el epiteloma del labio. *Revista de Ciencias Médicas*, 1880.

### Publicaciones de la especialidad

1. De la otoscopia en las enfermedades del oído. *Gaceta Médica Catalana*, 1879.
2. Semilla de algarrobo en la caja del tímpano con destrucción de la membrana. Extracción. *Gaceta Médica Catalana*, 1874.
3. Los audífonos y los aparatos preconizados para hacer oír a los sordos. *Gaceta Médica Catalana*, 1880.
4. Los baños de mar como causa de sordera. *Revista de Ciencias Médicas*, 1880.
5. Las estrecheces nasales en sus relaciones con las enfermedades del oído. *Revista de Ciencias Médicas*, 1881.
6. Observaciones prácticas sobre el cateterismo de la trompa de Eustaquio. *Revista de Ciencias Médicas*, 1881.
7. Pólipo supratimpánico. Curación con el ácido crómico. *El sentido Católico en las Ciencias Médicas*, 1881.
8. Afecciones del oído producidas por la ducha nasal de Weber. *Gaceta Médica Catalana*, 1881.
9. Sordera grave por otitis media crónica esclerosa, con anquilosis de los huesecillos. Gran mejora a beneficio de las corrientes de inducción. *Revista de Ciencias Médicas*, 1881.
10. Osteosarcoma mastoideo y congestión meníngea. *Gaceta Médica Catalana*, 1882.
11. Otitis pseudomembranosa del conducto auditivo. Sensaciones gustativas determinadas por la aplicación del iodoformo en el fondo del conducto auditivo externo. *Revista de Ciencias Médicas*, 1882.
12. La otorrea en general y su tratamiento. *Revista de Ciencias Médicas*, 1883.
13. Mastofobia. *Revista de Ciencias Médicas*, 1883.
14. Síntomas auditivos en el sarampión. *Anales de Otología y Laringología*, Alcalá de Henares, 1883.
15. Parálisis del facial en las otopatías. *Anales de Otología y Laringología*, 1884.
16. Sordera absoluta y parálisis de ambos faciales por trauma cerebral. *Anales de Otología y Laringología*, 1884.
17. Microtia congénita. *Anales de Otología y Laringología*, 1884.
18. Laberintitis aguda con lesión del nervio facial. *Anales de Otología y Laringología*, 1884.
19. Introducción de candelillas en la trompa de Eustaquio. *Revista de Otología y Laringología*, 1885.
20. Clasificación de los grados de sordera. *Revista de Otología y Laringología*, 1885.
21. Deformación nasal por desviación traumática del tabique cartilaginosa. *Revista de Otología y Laringología*, 1885.
22. Percepciones simples en ciertas sorderas absolutas (laberínticas) para la voz humana. *Revista de Otología y Laringología*, 1885.
23. Gran osteoma del oído medio, operado con éxito. *Revista de Otología y Laringología*, 1886.
24. Nuevo aparato para insuflaciones tubo-óticas. *Revista de Otología y Laringología*, 1886.
25. Observaciones sobre varios casos de cuerpos extraños en el oído. *Revista de Otología y Laringología*, 1886.
26. Sobre las otitis complicadas con lesión del hueso. *Revista de Otología y Laringología*, 1886.
27. Desastres que pueden ocurrir a consecuencia de enfermedades del oído, en los empleados de las líneas de ferrocarriles. Trad. de Grazi, 1886.
28. Perforaciones quirúrgicas del tímpano y medios para mantenerlas abiertas en caso de oclusión completa de las trompas, 1886.
29. Apuntes clínicos para la historia de las otitis complicadas con lesiones del hueso temporal, 1886-1887.
30. Crítica de los tímpanos. Nicholson, 1887.
31. Epiteloma de la oreja curado por extirpación, 1887.
32. La occipitalgia como pronóstico grave de la otitis, 1887.

33. Contribución al estudio de la pneumoterapia en las afecciones del oído, 1888.
34. Otitis consecutivas a los traumatismos del maxilar inferior, 1888.
35. Fibrosarcoma mastoideo. Dificultades en el diagnóstico. Curación con el cauterio, 1888.
36. Desde Bruselas. Cartas al Dr. Roquer acerca del Congreso Internacional de Otología, 1888.
37. La trepanación en las otitis dolorosas eburneas, 1889. Congreso de París.
38. El Hipnotismo en otología, 1889.
39. La Grippe del año 1889-1890 y sus efectos sobre el oído, 1890.
40. Reflejos timpánicos. Historia clínica, 1890.
41. Sobre la cirugía operatoria del hueso temporal, 1890.
42. Tímpano artificial de colodión, 1890.
43. Otitis aguda. Síntomas de gran gravedad. Osteítis, Curación. 1890.
44. Los síntomas auriculares en la neurastenia, 1890.
45. Grippe auricular. Obscuridades diagnósticas en los niños, 1891.
46. Anosmia y Kakosmia, 1892.
47. Sur quelques particularités des blessures par arme à feu dans la mastoide, Comunicación al Congreso de Florencia, 1895.
48. Las osteítis de la porción escamosa del temporal. Comunicación al Congreso de Madrid, 1896.
49. El oído en sus relaciones con el organismo. Discurso de turno en la Real Academia de Medicina de Barcelona, 1898.
50. Parásitos vegetales en el oído: conducto y tímpano, 1898.
51. El formol en las otorreas. Congreso de Barcelona, 1899.
52. ¿Qué puede esperarse de la electroterapia en las afecciones laberínticas? Congreso de Barcelona, 1899.
53. Tratamiento médico de las otitis supuradas agudas complicadas de artritis mastoidea, 1901.
54. Infección de la herida quirúrgica en las osteotomías antromastoideas. *Revista de Ciencias Médicas*, 1900.
55. Defensa del otoscopio de Brunton, 1901.
56. Mastoiditis dobles supuradas, curadas sin operación. *Revista de Ciencias Médicas*, 1902.
57. La evolución del órgano auditivo en la escala zoológica, 1902.
58. La levadura de cerveza en la Otología. *Revista de Ciencias Médicas*, 1902.
59. Rinitis fungosa por cuerpo extraño. *Revista de Ciencias Médicas*, 1902.
60. Parásitos vegetales del oído. *Revista de Ciencias Médicas*, 1902.
61. Contribución al estudio clínico de las complicaciones otocerebrales, 1905.
62. Disquisiciones sobre higiene olfatoria y gustativa. Discurso de contestación al Dr. Botey en la Real Academia de Medicina, 1905.
63. La adrenalina en ciertas granulaciones del tímpano, 1906.
64. Aphoristique ou abrégé symptomatologique des otites et de leurs complications, à l'usage des médecins non spécialistes. *Revue hebdomadaire de Laryngologie, d'Otologie et de Rhinologie*, de Burdeos, 1906.
65. Consideraciones sobre las otitis tuberculosas y las otorreas de los tuberculosos. Congreso de la Tuberculosis de Barcelona, 1910.
66. Otitis media aguda supurada. Osteomastoiditis aguda. Síntomas de flebitis del seno lateral. Curación sin intervención quirúrgica operatoria. Sociedad Barcelonesa de Otorrinolaringología, 1912.

Sesión del 28 de octubre de 1916.

PRESIDENCIA: DR. CARULLA

## Una causa de irreductibilidad en las luxaciones de codo

POR EL DOCTOR A. MARTINEZ VARGAS

SEÑORES:

Las luxaciones de codo son de lo más frecuente en los niños; pero las luxaciones complicadas, esto es, abiertas, con salida de los huesos a través de la piel, cual la que tengo la honra de presentaros, son tan raras, que un cirujano de extensa clientela como Malgaigne declara que no ha visto personal-